

EL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ HABLA DE PAZ

Pilar Fernández de Córdoba

Summary: Peace can be understood as a consequence of the inner struggles of a Christian, as an ascetic struggle plan. The subjects of work, family, and society can serve as excuses to undertake reflection, meditation, and action. Followers of the founder of Opus Dei must be planters of peace. The tasks of a true Christian are marked by the overabundance of love and by the positive, optimistic and joyful manner in which they perform their everyday tasks for the benefit of all their fellow-men.

Key words: peace, vocation, apostolate, joy, spirit of service, positive work attitude, everyday life.

Résumé: La paix peut être interprétée comme la conséquence des luttes internes d'un chrétien, en tant qu'un programme de guerre ascétique. Les sujets de travail, famille, société, peuvent servir de prétextes pour entreprendre la réflexion, la méditation et l'action. Ceux qui suivent le fondateur de l'Opus Dei doivent semer la paix. Le travail d'un vrai chrétien se caractérise par la surabondance de l'amour et du travail positifs pleins d'optimisme et de joie en faveur de tous ses prochains dans une vie ordinaire.

Mots clés: paix, vocation, apostolat, joie, esprit de service, travail positif, vie ordinaire.

El tema de la paz, en el pensamiento del Beato Josemaría, se desarrolla sobre una superficie determinada por dos coordenadas. Una de ellas se ubica en la vida personal, desde donde se extiende a la vida social en toda su amplitud –familiar, nacional, universal–. La otra parte de la relación con los demás, amparada por la virtud de la justicia y considerada en una doble vertiente: hacia Dios y hacia los hombres. Esta última se asienta en la primera y, sin ella, carece de fundamento que la sostenga.

El Beato Josemaría manifestó, en muchas ocasiones, que los cristianos tenemos la obligación –una obligación gozosa– de «sembrar la paz y la alegría a manos llenas»¹. Es sumamente indicativo el hecho de que, aunque expuso esta idea y otras relacionadas con la paz en muchas ocasiones, tres homilías, en las que habla de la paz varias veces, llevan los títulos de *La lucha interior*², *La esperanza del cristiano*³ y *El corazón de Cristo, paz de los cristianos*⁴. Efectivamente, la paz general debe partir de la paz individual que se asienta sobre la lucha interior de cada uno para vencer sus malas inclinaciones –fruto del pecado original–, e ir agrandando su círculo hasta llegar a la familia, al país, al mundo. Su logro es una de las grandes esperanzas de todo ser humano, pues paz y felicidad son dos aspiraciones permanentemente anheladas por cualquier hombre; por último, el corazón de Cristo es fuente de reposo, unidad y ama-

bilidad. Él mismo es amable, digno de ser amado, y es Amor: se dio hasta el sacrificio de la cruz y se nos sigue dando en la Eucaristía continuamente.

La consonancia entre la existencia en Dios y la existencia en el mundo conduce a un tenor de vida, muy propio del espíritu del Fundador del Opus Dei, que, continuamente vivió y predicó: la alegría y la paz. Cuando el cristiano es sembrador de alegría y de paz, de esta conducta se derivan

Para todos: más justicia, más comprensión, más respeto del hombre por el hombre. [...] El espíritu de comprensión es muestra de la caridad cristiana del buen hijo de Dios: porque el Señor nos quiere por todos los caminos rectos de la tierra, para extender la semilla de la fraternidad æno de la cizañaæ, de la disculpa, del perdón, de la caridad, de la paz. No os sintáis nunca enemigos de nadie. El cristiano ha de mostrarse siempre dispuesto a convivir con todos, a dar a todos –con su trato– la posibilidad de acercarse a Cristo Jesús. Ha de sacrificarse gustosamente por todos, sin distinciones [...]. No puede el cristiano separarse de los demás, porque su vida sería miserable y egoísta⁵.

LA PAZ, CONSECUENCIA DE LA GUERRA

Los lazos que unen la relación entre alegría y paz son entrañablemente íntimos: difícilmente se da la una sin la otra. La paz es fruto maduro de la alegría y la falta de paz desemboca en

1 ESCRIVÁ DE BALAGUER, JOSEMARÍA. *Amigos de Dios*, n. 209.

2 ESCRIVÁ DE BALAGUER, JOSEMARÍA. *Es Cristo que pasa*, nn. 73-82.

3 *Amigos*, nn. 205-221.

4 *Cristo*, nn. 162-170.

5 *Ibid.*, n. 124.

la carencia de alegría. «**Mi gozo y mi paz** –escribe el Beato Josemaría–. «**Nunca podré tener verdadera alegría si no tengo paz. ¿Y qué es la paz? La paz es algo muy relacionado con la guerra. La paz es consecuencia de la victoria. La paz exige de mí una continua lucha. Sin lucha no podré tener paz**»⁶. Guerra y paz se relacionan en una diametral oposición. Sin lucha no podrá haber paz. No se trata, por supuesto, de lucha y guerra bajo la tiranía de las armas. Entonces, ¿de qué lucha, de qué guerra se trata? «**Tanto la paz, como la guerra, están dentro de nosotros. No se puede llegar al triunfo, a la paz, si faltan la lealtad y la decisión de vencer en el combate**»⁷. Lo que normalmente se entiende por combate, lucha y guerra son acciones de gran fuerza coercitiva y de resultados deplorables. En cambio, el combate, la lucha y la guerra de que habla el Fundador del Opus Dei se sitúan en el interior de uno mismo. Es en esa palestra interior, invisible y desapercibida para los demás, donde tiene que haber lealtad y decisión de vencer, porque a Dios –el único que los ve– no se le puede engañar con un juego tramposo.

El espectro de luchas de un cristiano que quiere tener y transmitir paz a su alrededor, es muy amplio. «**Lucha contra las asperezas de tu carácter, contra tus egoísmos, contra tu comodidad, contra tus antipatías... Además de que hemos de ser corredentes, el premio que recibirás –piénsalo bien– guardará relación directísima con la siembra que hayas hecho**»⁸, dice el Beato Josemaría. Es éste todo un programa de lucha ascética que desemboca en la paz personal y pone en condiciones de comunicarla a otros.

Muchas gentes pueden hacerse las desentendidas salvaguardando su comodidad, y es

ésta una de las causas de que falte paz en las familias, en el trabajo, en la sociedad, olvidando realidades enunciadas hace muchos siglos que recogen experiencias vividas desde siempre: «**que la vida del hombre sobre la tierra es milicia, lo dijo Job hace muchos años. Todavía hay comodones que no se han enterado**»⁹. Consecuentemente con este planteamiento, la vida del cristiano admite su asimilación a la vida militar y acepta el vocabulario de combate. «**Miles soldado, llama el Apóstol al cristiano. Pues, en esta bendita y cristiana pelea de amor y de paz por la felicidad de las almas todas, hay, dentro de las filas de Dios, soldados cansados, hambrientos, rotos por las heridas..., pero alegres: llevan en el corazón las luces seguras de la victoria**»¹⁰. Como la lucha valiente lleva consigo la alegría de la victoria, también la lucha interior alcanza el gozo de encontrarse con Dios ya en las circunstancias diarias de la vida en la tierra. En cambio, «**el que se queda recluido en la ciudadela del propio egoísmo no descenderá al campo de batalla. Sin embargo, si levanta las puertas de la fortaleza y permite que entre el Rey de la paz, saldrá con Él a combatir contra toda esa miseria que empaña los ojos e insensibiliza la conciencia**»¹¹.

«**Estamos obligados a ser plenamente cristianos, a ser santos, a no defraudar a Dios, ni a todas esas gentes que esperan del cristiano el ejemplo, la doctrina**»¹², porque, aunque el mundo no lo sepa en muchas ocasiones, «**el mundo nos espera. ¡Sí!, amamos apasionadamente este mundo porque Dios así nos lo ha enseñado: "sic Deus dilexit mundum..." así Dios amó al mundo; y porque es el lugar de nuestro campo de batalla –una hermosísima guerra de cari-**

6 ESCRIVÁ DE BALAGUER, JOSEMARÍA, *Camino*, n. 308.

7 ESCRIVÁ DE BALAGUER, JOSEMARÍA, *Surco*, n. 852.

8 *Ibid.*, n. 863.

9 *Camino*, n. 306.

10 *Surco*, n. 75.

11 *Cristo*, n. 82.

12 *Ibid.*, n. 124.

dad-, para que todos alcancemos la paz que Cristo ha venido a instaurar»¹³. El cristiano debe responder por el mundo que lo rodea. No puede asumir actitudes pasivas, desentendiéndose de lo que le pertenece: hacer mejor el vivir humano y las condiciones de vida consideradas en toda su extensión. Hay muchas razones para vivir con esa exigencia personal, y el Beato da tres que respaldan la obligación de cada cristiano de ser sembrador de paz. La primera es que el mundo nos espera. La segunda, muy unida a la anterior, ya que la apoya, es que amamos a ese mundo que nos espera, y esa afirmación está reforzada por la cita de la Sagrada Escritura. En tercer lugar, porque el mundo es el lugar donde se da la batalla que no es de sangre sino de amor. Son argumentos dignos de ser meditados por cada cristiano para sentirse urgido a obrar en consecuencia, con el fin de alcanzar la paz que ya trajo Cristo al mundo.

La paz se busca incansablemente, pero no en pocas ocasiones, por caminos humanos muy lejanos de la verdadera paz, con un gran desconocimiento de que «la paz, que lleva consigo la alegría, el mundo no puede darla. Siempre están los hombres haciendo paces, y siempre andan enzarzados con guerras, porque han olvidado el consejo de luchar por dentro, de acudir al auxilio de Dios, para que Él venza, y conseguir así la paz en el propio yo, en el propio hogar, en la sociedad y en el mundo»¹⁴. Pocas cosas se han perseguido más –desde los inicios de la historia del hombre– que la paz y, junto a esta búsqueda incesante, pocas cosas se han conseguido menos. Y sin embargo, el canto de los ángeles, cuando anuncian a los pastores el nacimiento de Jesús, hace referencia a la paz:

Pax in coelo, paz en el cielo. Pero miremos también el mundo: ¿por qué no hay paz en la tierra? No; no hay paz; hay sólo apariencia de paz, equi-

librio de miedo, compromisos precarios. No hay paz tampoco en la Iglesia, surcada por tensiones que desgarran la blanca túnica de la Esposa de Cristo. No hay paz en muchos corazones, que intentan vanamente compensar la intranquilidad del alma con el ajetreo continuo, con la pequeña satisfacción de bienes que no sacian, porque dejan siempre el amargo regusto de la tristeza¹⁵.

No obstante, a pesar de que el hombre la busca donde no está, el Señor se muestra siempre dispuesto a dar la paz al mundo. El Beato Josemaría, consciente del anhelo de paz que anida en todos los corazones, aconseja: «fomenta, en tu alma y en tu corazón –en tu inteligencia y en tu querer–, el espíritu de confianza y de abandono en la amorosa Voluntad del Padre celestial... De ahí nace la paz interior que ansías»¹⁶. Y da un paso adelante definitivo, con sabor de totalidad».

Cristo, que es nuestra paz, es también el Camino. Si queremos la paz, hemos de seguir sus pasos. La paz es consecuencia de la guerra, de la lucha, de esa lucha ascética, íntima, que cada cristiano debe sostener contra todo lo que, en su vida, no es de Dios: contra la soberbia, la sensualidad, el egoísmo, la superficialidad, la estrechez de corazón. Es inútil clamar por el sosiego exterior si falta tranquilidad en las conciencias, en el fondo del alma, porque del corazón es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias¹⁷.

Si todos los hombres pueden aspirar a la paz, los cristianos deben ambicionarla hasta la hartura porque Cristo es el único que sacia sin saciar y, en consecuencia, los cristianos, sus seguidores, están obligados a repartir alegría y paz a manos llenas porque a manos llenas se las ofrece Cristo. Pero es inútil clamar por el sosiego exterior si falta tranquilidad en las conciencias.

15 Cristo, n. 73.

16 Surco, n. 850.

17 Cristo, n. 73.

13 Surco, n. 290.

14 ESCRIVÁ DE BALAGUER, JOSEMARÍA. *Forja*, n. 102.

SEBRADORES DE PAZ

El Fundador del Opus Dei no es remiso en hablar de que **«deber de cada cristiano es llevar la paz y la felicidad por los distintos ambientes de la tierra, en una cruzada de reciedumbre y de alegría, que remueva hasta los corazones mustios y podridos, y los levante hacia Él»**¹⁸. El cristiano, discípulo de Cristo, no puede ser egoísta y,

En nombre de ese amor victorioso de Cristo, los cristianos debemos lanzarnos por todos los caminos de la tierra, para ser sembradores de paz y de alegría con nuestra palabra y con nuestras obras. Hemos de luchar –lucha de paz– contra el mal, contra la injusticia, contra el pecado, para proclamar así que la actual condición humana no es la definitiva; que el amor de Dios, manifestado en el Corazón de Cristo, alcanzará el glorioso triunfo espiritual de los hombres¹⁹.

La esperanza es una de las virtudes teológicas; es la virtud de los viajeros, que viajero es el cristiano hasta que llega al cielo. Es luz que ilumina el caminar, unas veces franco y otras penoso, del hombre sobre la tierra. No es para espíritus pusilánimes que no saben de amor a Dios. Es expectativa, llena de seguridad, para almas fuertes que se acogen al amor de Dios y, **«si vivimos así, realizaremos en el mundo una tarea de paz»**²⁰. La esperanza anclada en el amor de Dios conduce a,

«la ilusión de llevar el fuego divino de un extremo a otro del mundo, de darlo a conocer a quienes nos rodean: para que también ellos conozcan la paz de Cristo y, con ella, encuentren la felicidad. Un cristiano que viva unido al Corazón de Jesús no puede tener otras metas: la paz en la sociedad, la paz en la Iglesia, la paz en la propia alma, la paz de Dios que se consumará cuando venga a nosotros su reino»²¹.

18 *Surco*, n. 92.

19 *Cristo*, n. 168.

20 *Amigos*, n. 93.

21 *Cristo*, n. 170.

Los cristianos consecuentes pueden decir, con toda verdad, que **«es nuestra guerra divina una maravillosa siembra de paz»**²². Guerra, porque tiene la dificultad de la pelea; divina porque es una lucha en la que, en el campo de batalla de cada corazón, se enfrentan el Amor a Dios con el amor a uno mismo. Es un enfrentamiento tan viejo como el hombre mismo, pues **«esta exigencia de combate no es nueva en el cristianismo. Es la verdad perenne. Sin lucha, no se logra la victoria; sin victoria, no se alcanza la paz. Sin paz, la alegría humana será sólo una alegría aparente, falsa, estéril, que no se traduce en ayuda a los hombres, ni en obras de caridad y de justicia, de perdón y de misericordia, ni en servicio de Dios»**²³. Es el secreto a voces, a voces que muchas veces no se quieren oír, que explica tanta desazón y tanta intranquilidad como campean en el mundo.

No está el Fundador del Opus Dei improvisando, y a la doctrina de la Iglesia, que tiene más de veinte siglos de vida, una experiencia del santo obispo de Hipona, Agustín, del siglo IV. Todas estas consideraciones ofrecen piso firme a todo lo dicho sobre la paz, pues **después de veinte siglos, hemos de pregonar con seguridad plena que el espíritu de Cristo no ha perdido su fuerza redentora, la única que sacia los anhelos del corazón humano. Comienza por meter esa verdad en el tuyo, que estará en perpetua inquietud –como escribió San Agustín– mientras no lo pongas enteramente en Dios»**²⁴. El problema de la falta de paz está en el corazón del hombre mismo. Es ahí donde hay que dar la batalla, con el convencimiento de que cuando,

Intentan algunos construir la paz en el mundo, sin poner amor de Dios en sus propios corazones, sin servir por amor de Dios a las criaturas; ¿cómo será posible efectuar, de ese modo, una

22 *Forja*, n. 106.

23 *Cristo*, n. 82.

24 *Surco*, n. 796.

misión de paz? La paz de Cristo es la del reino de Cristo; y el reino de Nuestro Señor ha de cimentarse en el deseo de santidad, en la disposición humilde para recibir la gracia, en una esforzada acción de justicia, en un divino derroche de amor²⁵.

Con espontaneidad, en el fondo del alma surge con frecuencia una pregunta inquisidora: ¿por qué no hay paz? No hay paz porque el mundo se ha olvidado de dónde nos la consiguió Jesucristo. «Cristo es nuestra paz porque ha vencido; y ha vencido porque ha luchado en el duro combate contra la acumulada maldad de los corazones humanos»²⁶. Pero Cristo ha vencido en la Cruz. La Cruz es victoria, pero victoria dolorosa. Cuando se abraza la Cruz con generosidad y no se la rehúye, después del sufrimiento, e incluso en el sufrimiento mismo —lucha interior personal, enfermedad, incomprendimientos, pobreza, muerte de seres queridos—, viene la victoria. Porque la paz es costosa y los hombres procuran alejarse del dolor, aunque no consigan verse excluidos de él, **los ideales de paz, de reconciliación, de fraternidad, son aceptados y proclamados, pero —no pocas veces— son desmentidos con los hechos**²⁷.

Para sembrar paz es preciso poseerla, y hay un remedio infalible y siempre actual para vivirla y enseñarla. «¡Paz, paz!, me dices. —La paz es... para los hombres de “buena” voluntad»²⁸. Hombres de buena voluntad son los que se abandonan en las manos de su Padre Dios; los que luchan con el ánimo de vencer, sin desalentarse cuando son vencidos. Los hombres de buena voluntad, «**los hijos de Dios no debemos desentendernos de las actividades terrenas en las que nos coloca Dios para san-**

tificarlas, para impregnarlas de nuestra fe bendita, la única que trae la verdadera paz»²⁹. Es fácil la despreocupación, señal de insensibilidad ante los problemas sociales que atañen al propio país y a las personas que se cruzan diariamente en el propio sendero. Es cómoda la actitud de pensar que, para santificarse, es suficiente con rezar. Son posturas fáciles y cómodas pero, en contra de lo que se pueda pensar, Dios pide rezar y, simultáneamente, poner los medios humanos, además y después de los sobrenaturales, para llevar la paz por todas partes.

La paz es fruto maduro y sabroso de la justicia. Una sociedad justa es una sociedad sin tensiones innecesarias, en la que reina la paz. Por tanto, el deseo de paz se ha de traducir en trabajar por la justicia y,

El hambre de justicia debe conducirnos a la fuente originaria de la concordia entre los hombres: el ser y saberse hijos del Padre, hermanos. Paz, verdad, unidad, justicia. ¡Qué difícil parece a veces la tarea de superar las barreras, que impiden la convivencia humana! Y, sin embargo, los cristianos estamos llamados a realizar ese gran milagro de la fraternidad: conseguir, con la gracia de Dios, que los hombres se traten cristianamente, llevando los unos las cargas de los otros (Gal. 6,2), viviendo el mandamiento del Amor, que es vínculo de la perfección y resumen de la ley³⁰.

Como gran milagro de la fraternidad califica el Beato Josemaría a la consecución de una sociedad en la que gobierne el Amor de Dios, traducido en acciones en las que la caridad, llevada hasta el heroísmo de llevar los unos las cargas de los otros, sea la constante de la vida cotidiana.

LABOR POSITIVA

La tarea del cristiano es siempre —ha de ser, y si no, no es cristiana— positiva y consiste

25 *Cristo*, n. 182.

26 *Ibid.*, n. 73.

27 *Ibid.*, n. 150.

28 *Camino*, n. 759.

29 *Amigos*, n. 210.

30 *Cristo*, n. 157.

en una superabundancia de amor para **«ahogar el mal en abundancia de bien. No se trata de campañas negativas, ni de ser antinada. Al contrario: vivir de afirmación, llenos de optimismo, con juventud, alegría y paz; ver con comprensión a todos: a los que siguen a Cristo y a los que le abandonan o no le conocen. Pero comprensión no significa abstencionismo, ni indiferencia, sino actividad»**³¹. La paz que se encuentra en el mismo corazón del cristiano y que ha de procurar a los otros debe tener lugar en **«tu vida, tu trabajo, que no debe ser labor negativa, no debe ser “antinada”. Es, ¡debe ser!, afirmación, optimismo, juventud, alegría y paz»**³². La afirmación, el optimismo y la alegría, son características de la juventud, de esa juventud que no tiene que ver con las hojas de calendario que se hayan vivido, sino con la gallardía de espíritu que se posea. La paz es el fruto que se cosecha de todo lo anterior.

Lo que más se opone a la acción positiva es la violencia que nunca **«es buen sistema para convencer»**³³, pues **«el violento pierde siempre, aunque gane la primera batalla..., porque acaba rodeado de la soledad de su incompreensión»**³⁴. Violencia es sinónimo de intemperancia y desenfreno, cuando menos, y no puede nunca conducir a acuerdos. Incluso, sin llegar a la violencia de la acción, **«con la polémica agresiva, que humilla, raramente se resuelve una cuestión. Y, desde luego, nunca se alcanza esclarecimiento cuando, entre los que disputan, hay un fanático»**³⁵. Por el contrario, **para pacificar la tierra con auténtica paz, para transformar la tierra, [...] resulta indispensable la santidad personal**³⁶ que no es otra cosa que buscar

a Dios continuamente, una y otra vez a lo largo de cada día, con el deseo de luchar contra lo que se tenga de malo o de menos bueno en la propia alma. Esa búsqueda va acompañada de lucha, y la lucha por ser mejor, por amor de Dios, es santidad. Esa clase de lucha es pacífica y generadora de paz por allá por donde vaya pasando, sembrando fraternidad, paz y alegría. **«Intentan algunos construir la paz en el mundo, sin poner amor a Dios en sus propios corazones, sin servir por amor a Dios a las criaturas. ¿Cómo será posible efectuar, de ese modo, una misión de paz? La paz de Cristo es la del reino de Cristo y el reino de nuestro Señor ha de cimentarse (...), en una esforzada acción de justicia, en un derroche de amor»**³⁷. Es la paz de Cristo en el reino de Cristo, porque Cristo es Rey de paz, de amor y de justicia. Es la paz en la que hay que adiestrar, yendo por delante para arrastrar, al lado para acompañar y detrás para empujar. De este modo, los cristianos **«enseñaremos a la gente a reaccionar con serenidad, libres de odios, de recelos, de ignorancias, de incompreensiones, de pesimismo, porque Dios todo lo puede»**³⁸.

Actuando así se podrán encauzar los deseos de paz para que sean efectivos y no se queden en buenos deseos o en magníficas palabras, peligros que se han de evitar porque,

Se habla mucho de paz y no hay paz: ni en las almas, ni en las instituciones, ni en la vida social, ni entre los pueblos. Hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama³⁹.

Un programa tan atractivo no es fácil, pero es viable, porque contamos con la gracia y la

31 Surco, n. 864.

32 Forja n. 103.

33 Surco, n. 866.

34 Ibid., n. 867.

35 Ibid., n. 870.

36 Amigos, n. 294.

37 Cristo, n. 182.

38 Amigos, n. 210.

39 Cristo, n. 122.

ayuda divinas. Por parte del hombre, exige ambiente de entendimiento conformado, por pequeños detalles que, a fuerza de vivirlos, configuran la atmósfera apropiada para que respire la paz y se pueda poner en práctica el «propósito de no juzgar a los demás, de no ofender ni siquiera con la duda, de ahogar el mal en abundancia de bien, sembrando a nuestro alrededor la convivencia leal, la justicia y la paz»⁴⁰. No ofender ni siquiera con la duda crea el clima favorable para que crezcan la confianza, la amistad franca, el trabajo responsable, situaciones todas que ya, en sí mismas, son paz y afirmación.

EN LA VIDA ORDINARIA

El buen ejemplo arrastra, y el ejemplo de serenidad y paz se da en las acciones más triviales, cuando transcurren en el contexto de la coherencia de vida, por lo que el Beato Escrivá recomendaba,

Que nuestros pensamientos sean sinceros: de paz, de entrega, de servicio. Que nuestras palabras sean verdaderas, claras, oportunas; que sepan consolar y ayudar, que sepan, sobre todo, llevar a otros la luz de Dios. Que nuestras acciones sean coherentes, eficaces, acertadas: que tengan ese *bonus odor Christi*, el buen olor de Cristo, porque recuerden su modo de comportarse y de vivir⁴¹.

Son exhortaciones para vivir cuando se procura estar cerca de Dios, se es consciente de los tesoros de que es portador el cristiano y se quiere compartir esos tesoros con los demás, sin excepciones. Es el momento de «sentir las preocupaciones de los que nos rodean, saber perdonar y comprender»⁴². Saber perdonar y saber comprender no son asignaturas fáciles. Requieren, como prerequisites, haber hecho prácticas

en la ciencia de la humildad y haber comenzado, con aprovechamiento, cursos prácticos de caridad –amor a Dios y al prójimo–. Todo esto se aprende y se vive en el trabajo profesional donde las oportunidades de adiestramiento y aplicación de la teoría son continuas, ya que,

En la misma trama de las relaciones humanas, habéis de mostrar la caridad de Cristo y sus resultados concretos de amistad, de comprensión, de cariño humano, de paz [...] en los caminos humanos de la familia, de la sociedad civil, de las relaciones del quehacer profesional ordinario, de la cultura y del descanso, tenéis que desarrollar también una gran siembra de paz⁴³.

El vivir cristiano es eso: vivir cristiano, vivir en cristiano y el apostolado que hace un cristiano es llevar las almas a Cristo con su vida, con su ejemplo y con su palabra de pariente, de compañero y de amigo como –sembradores de paz y de alegría–.

¡Si viviésemos así si supiésemos impregnar nuestra conducta con esta siembra de generosidad, con este deseo de convivencia, de paz! De ese modo se fomentaría la legítima independencia personal de los hombres; cada uno asumiría su responsabilidad, por los quehaceres que le competen en los quehaceres temporales. El cristiano sabría defender antes que nada la libertad ajena, para poder después defender la propia⁴⁴.

La coherencia de vida lleva a que,

Al realizar cada uno vuestro trabajo, al ejercer vuestra profesión, en la sociedad, podéis y debéis convertir vuestra ocupación en una tarea de servicio. El trabajo bien acabado, que progresa y hace progresar, que tiene en cuenta los adelantos de la cultura y de la técnica, realiza una gran función, útil siempre a la humanidad entera, si nos mueve la generosidad, no el egoísmo, el bien de todos, no el provecho propio: si está lleno de sentido cristiano de la vida.

40 *Ibid.*, n. 72.

41 *Ibid.*, n. 156.

42 *Ibid.*, n. 158.

43 *Ibid.*, n. 167.

44 *Ibid.*, n. 124.

Con ocasión de esa labor, en la misma trama de las relaciones humanas, habéis de mostrar la caridad de Cristo y sus resultados concretos de amistad, de comprensión, de cariño humano, de paz. Como Cristo pasó haciendo el bien por todos los caminos de Palestina, vosotros en los caminos humanos de la familia, de la sociedad civil, de las relaciones del quehacer profesional ordinario, de la cultura y del descanso, tenéis que desarrollar también una gran siembra de paz⁴⁵.

El trabajo bien hecho es progreso en sí mismo y hace progresar a quien lo realiza; a los destinatarios; a quienes, de una u otra manera, están ligados a esa labor y a sus resultados. El darse a todos, el servir, la búsqueda del bien común y del bien personal de los demás es, precisamente, la cristalización del sentido cristiano de la vida, que procura servir y ser útil, pues Cristo enseñó a servir y no a dejarse servir.

Pero «no podemos dejarnos engañar por el mito del progreso perenne e irreversible. El progreso rectamente ordenado es bueno, y Dios lo quiere. Pero se pondera más ese otro falso progreso, que ciega los ojos a tanta gente, porque con frecuencia no percibe que la

humanidad, en algunos de sus pasos, vuelve atrás y pierde lo que antes había conquistado»⁴⁶. El progreso es para el hombre, y no el hombre para el progreso. El olvido de esta gran verdad lleva a la inversión del orden debido en los términos, lo que conduce no sólo a la ineficacia del progreso planeado sino también –y esto es mucho más grave– a que haya una reversión sustancial y lo que debía revertir en beneficio del hombre, acabe siéndole perjudicial y destruyendo lo más grande que el hombre tiene: su dignidad de hijo de Dios. Nos da alegría contemplar este mundo nuestro en el que Dios nos ha puesto y «si miramos a nuestro alrededor y consideramos el transcurso de la historia de la humanidad, observaremos progresos y avances. La ciencia ha dado al hombre una mayor conciencia de su poder. La técnica domina la naturaleza en mayor grado que en épocas pasadas, y permite que la humanidad sueñe con llegar a un más alto nivel de cultura, de vida material, de unidad»⁴⁷. Cada cristiano debe saber que el que Dios reine sobre la ciencia, la técnica y el progreso redundará en gloria de Dios que nos devuelve ese mundo santificado para mayor beneficio de los hombres. ■

45 *Ibid.*, n. 166.

46 *Ibid.*, n. 123.

47 *Ibid.*, n. 104.